

V

Viaje de novios.

I

La boda se verificó en Mayo del 71. Dijo don Baldomero con muy buen juicio que pues era costumbre que se largaran los novios, acabadita de recibir la bendición, á correrla por esos mundos, no comprendía fuese de rigor el paseo por Francia ó por Italia, habiendo en España tantos lugares dignos de ser vistos. Él y Barbarita no habían ido ni siquiera á Chamberí, porque en su tiempo los novios se quedaban donde estaban, y el único español que se permitía viajar era el duque de Osuna, D. Pedro. ¡Qué diferencia de tiempos!... Y ahora, hasta Periquillo Redondo, el que tiene el bazar de corbatas al aire libre en la esquina de la casa de Correos, había hecho su viajecito á París... Juanito se manifestó enteramente conforme con su papá, y recibida la bendición nupcial, verificado el almuerzo en familia sin aparato alguno á causa del luto, sin ninguna cosa notable como no fuera un conato de brindis de Estupiñá, cuya boca tapó Barbarita á la primera palabra; dadas las despedidas, con sus lágrimas y besuqueos co-

rrespondientes, marido y mujer se fueron á la estación. La primera etapa de su viaje fué Burgos, adonde llegaron á las tres de la mañana, felices y locuaces, riéndose de todo, del frío y de la obscuridad. En el alma de Jacinta, no obstante, las alegrías no excluían un cierto miedo, que á veces era terror. El ruido del ómnibus sobre el desigual piso de las calles; la subida á la fonda por angosta escalera; el aposento y sus muebles de mal gusto, mezcla de desechos de ciudad y de lujos de aldea, aumentaron aquel frío invencible y aquella pavorosa expectación que la hacían estremecer. ¡Y tantísimo como quería á su marido!... ¿Cómo compaginar dos deseos tan diferentes: que su marido se apartase de ella y que estuviese cerca? Porque la idea de que se pudiera ir, dejándola sola, era como la muerte, y la de que se acercaba y la cogía en brazos con apasionado atrevimiento, también la ponía temblorosa y asustada. Habría deseado que no se apartara de ella, pero que se estuviera quietecito.

Al día siguiente, cuando fueron á la catedral, ya bastante tarde, sabía Jacinta una porción de expresiones cariñosas y de íntima confianza de amor que hasta entonces no había pronunciado nunca, como no fuera en la vaguedad discreta del pensamiento que recela descubrirse á sí mismo. No le causaba vergüenza el decirle al otro que le idolatraba, así, así, clarito... al pan, pan

UNIVERSITARIA
REYES
MEXICO

y al vino, vino... ni preguntarle á cada momento si era verdad que él también estaba hecho un idólatra y que lo estaría hasta el día del Juicio final. Y á la tal preguntita, que había venido á ser tan frecuente como el pestañear, el que estaba de turno contestaba *Chí*, dando á esta sílaba un tonillo de pronunciación infantil. El *Chí* se lo había enseñado Juanito aquella noche, lo mismo que el decir, también en estilo mimoso, *¿me quieles?* y otras tonterías y chiquilladas empalagosas, dichas de la manera más grave del mundo. En la misma catedral, cuando les quitaba la vista de encima el sacristán que les enseñaba alguna capilla ó preciosidad reservada, los esposos aprovechaban aquel momento para darse besos á escape y á hurtadillas, frente á la santidad de los altares consagrados ó detrás de la estatua yacente de un sepulcro. Es que Juanito era un pillín, y un goloso y un atrevido. Á Jacinta le causaban miedo aquellas profanaciones; pero las consentía y toleraba, poniendo su pensamiento en Dios y confiando en que Éste, al verlas, volvería la cabeza con aquella indulgencia propia del que es fuente de todo amor.

Todo era para ellos motivo de felicidad. Contemplar una maravilla del arte les entusiasmaba, y de puro entusiasmo se reían, lo mismo que de cualquier contrariedad. Si la comida era mala, risas; si el coche que les llevaba á la Car-

tuja iba danzando en los baches del camino, risas; si el sacristán de las Huelgas les contaba mil papas, diciendo que la señora abadesa se ponía mitra y gobernaba á los curas, risas. Y á más de esto, todo cuanto Jacinta decía, aunque fuera la cosa más seria del mundo, le hacía á Juanito una gracia extraordinaria. Por cualquier tontería que éste dijese, su mujer soltaba la carcajada. Las crudezas de estilo popular y aflamencado que Santa Cruz decía alguna vez, divertíanla más que nada y las repetía tratando de fijarlas en su memoria. Cuando no son muy groseras, estas fórmulas de hablar hacen gracia, como caricaturas que son del lenguaje.

El tiempo se pasa sin sentir para los que están en éxtasis y para los enamorados. Ni Jacinta ni su esposo apreciaban bien el curso de las fugaces horas. Ella, principalmente, tenía que pensar un poco para averiguar si tal día era el tercero ó el cuarto de tan feliz existencia. Pero aunque no sepa apreciar bien la sucesión de los días, el amor aspira á dominar en el tiempo como en todo, y cuando se siente victorioso en lo presente, anhela hacerse dueño de lo pasado, indagando los sucesos para ver si le son favorables, ya que no puede destruirlos y hacerlos mentira. Fuerte en la conciencia de su triunfo presente, Jacinta empezó á sentir el desconuelo de no someter también el pasado de su marido, haciéndose dueña de cuanto éste había sentido y pen-

sado antes de casarse. Como de aquella acción pretérita sólo tenía leves indicios, despertáronse en ella curiosidades que la inquietaban. Con los mutuos cariños crecía la confianza, que empieza por ser inocente y va adquiriendo poco á poco la libertad de indagar y el valor de las revelaciones. Santa Cruz no estaba en el caso de que le mortificara la curiosidad, porque Jacinta era la pureza misma. Ni siquiera había tenido un novio de estos que no hacen más que mirar y poner la cara afligida. Ella sí que tenía campo vastísimo en que ejercer su espíritu crítico. Manos á la obra. No debe haber secretos entre los esposos. Esta es la primera ley que promulga la curiosidad antes de ponerse á oficiar de inquisidora.

Porque Jacinta hiciese la primera pregunta llamando á su marido *Nene* (como él le había enseñado), no dejó éste de sentirse un tanto molesto. Iban por las alamedas de chopos que hay en Burgos, rectas é inacabables, como senderos de pesadilla. La respuesta fué cariñosa, pero evasiva. ¡Si lo que la *nena* anhelaba saber era un devaneo, una tontería...! cosas de muchachos. La educación del hombre de nuestros días no puede ser completa si éste no trata con toda clase de gente, si no echa un vistazo á todas las situaciones posibles de la vida, si no toma el tiento á las pasiones todas. Puro estudio y educación pura... No se trataba de amor, porque lo que es

amor, bien podía decirlo, él no lo había sentido nunca hasta que le hizo tilin la que ya era su mujer.

Jacinta creía esto; pero la fe es una cosa y la curiosidad otra. No dudaba ni tanto así del amor de su marido; pero quería saber, si señor, quería enterarse de ciertas aventurillas. Entre esposos debe haber siempre la mayor confianza, ¿no es eso? En cuanto hay secretos, adiós paz del matrimonio. Pues bueno; ella quería leer de cabo á rabo ciertas paginitas de la vida de su esposo antes de casarse. ¡Como que estas historias ayudan bastante á la educación matrimonial! Sabiéndolas de memoria, las mujeres viven más avisadas, y á poquito que los maridos se deslicen... ¡trás! ya están cogidos.

«Que me lo tienes que contar todito... Si no, no te dejo vivir.»

Esto fué dicho en el tren, que corría y silbaba por las angosturas de Pancorvo. En el paisaje veía Juanito una imagen de su conciencia. La vía que lo traspasaba descubriendo las sombras revueltas, era la indagación inteligente de Jacinta. El muy tuno se reía, prometiendo, eso sí, contar luego; pero la verdad era que no contaba nada de substancia.

«¡Sí, porque me engañas tú á mí!... Á buena parte vienes... Sé más de lo que te crees. Yo me acuerdo bien de algunas cosas que vi y oí. Tu mamá estaba muy disgustada, por-

que te nos habías hecho muy chu... la... pito; eso es.»

El marido continuaba encerrado en su prudencia; mas no por eso se enfadaba Jacinta. Bien le decía su sagacidad femenil que la obstinación impertinente produce efectos contrarios á los que pretende. Otra habría puesto en aquel caso unos morritos muy serios; ella no, porque fundaba su éxito en la perseverancia combinada con el cariño capcioso y diplomático. Entrando en un túnel de la Rioja, dijo así:

«¿Apostamos á que sin decirme tú una palabra lo averiguo todo?»

Y á la salida del túnel, el enamorado esposo, después de estrujarla con un abrazo algo teatral y de haber mezclado el restallido de sus besos al mugir de la máquina humeante, gritaba:

«¿Qué puedo yo ocultar á esta mona golosa?... Te como; mira que te como. ¡Curiosona, fisgona, feucha. ¿Tú quieres saber? Pues te lo voy á contar, para que me quieras más.»

—¿Más? ¡Qué gracia! Eso sí que es difícil.

—Espérate á que lleguemos á Zaragoza.

—No, ahora.

—¿Ahora mismo?

—*Chí.*

—No... en Zaragoza. Mira que es historia larga y fastidiosa.

—Mejor... Cuéntala y luego veremos.

—Te vas á reir de mí. Pues señor... allá por Diciembre del año pasado... no, del otro... ¿Ves? ¡ya te estás riendo!

—Que no me río, que estoy más seria que el Papamoscas.

—Pues bueno, allá voy... Como te iba diciendo, conocí á una mujer... Cosas de muchachos. Pero déjame que empiece por el principio. Érase una vez... un caballero anciano muy parecido á una cotorra y llamado Estupiñá, el cual cayó enfermo y... cosa natural, sus amigos fueron á verle... y uno de estos amigos, al subir la escalera de piedra, encontró una mujer que se estaba comiendo un huevo crudo... ¿Qué tal?...

II

—Un huevo crudo... ¡Qué asco!—exclamó Jacinta escupiendo una salivita.—¿Qué se puede esperar de quien se enamora de una mujer que come huevos crudos?...

—Hablando aquí con imparcialidad, te diré que era guapa. ¿Te enfadas?

—¿Qué me voy á enfadar, hombre! Sigue... Se comía el huevo, y te ofrecía y tú participaste...

—No; aquel día no hubo nada. Volví al siguiente y me la encontré otra vez.

—Vamos, que le caíste en gracia y te estaba esperando.

No quería el Delfin ser muy explícito, y contaba á grandes rasgos, suavizando asperezas y pasando como sobre ascuas por los pasajes de peligro. Pero Jacinta tenía un arte instintivo para el manejo del gancho, y sacaba siempre algo de lo que quería saber. Allí salió á relucir parte de lo que Barbarita inútilmente intentó averiguar... ¿Quién era la del huevo?... Pues una chica huérfana que vivía con su tía, la cual era huevera y pollera en la Cava de San Miguel. ¡Ah! ¡Segunda Izquierdo!... por otro nombre la *Melaera*, ¡qué basilisco!... ¡qué lengua!... ¡qué rapacidad!... Era viuda, y estaba liada, así se dice, con un picador. «Pero basta de digresiones. La segunda vez que entré en la casa, me la encontré sentada en uno de aquellos peldaños de granito, llorando.»

—¿A la tía?

—No, mujer, á la sobrina. La tía le acababa de echar los tiempos, y aún se oían abajo los resoplidos de la fiera... Consolé á la pobre chica con cuatro palabrilas, y me senté á su lado en el escalón.

—¡Qué poca vergüenza!

—Empezamos á hablar. No subía ni bajaba nadie. La chica era confianzuda, inocentona, de éstas que dicen todo lo que sienten, así lo bueno como lo malo. Sigamos. Pues señor... al ter-

cer día me la encontré en la calle. Desde lejos noté que se sonreía al verme. Hablamos cuatro palabras nada más; y volví y me colé en la casa; y me hice amigo de la tía y hablamos; y una tarde salió el picador de entre un montón de banastas donde estaba durmiendo la siesta, todo lleno de plumas, y llegándose á mí me echó la zarpa, quiero decir que me dió la manaza, y yo se la tomé, y me convidó á unas copas, y acepté y bebimos. No tardamos Villalonga y yo en hacernos amigos de los amigos de aquella gente... No te rías... Te aseguro que Villalonga me arrastraba á aquella vida, porque se encaprichó por otra chica del barrio, como yo por la sobrina de Segunda.

—¿Y cuál era más guapa?

—¡La mía!—replicó prontamente el Delfin, dejando entrever la fuerza de su amor propio;— la mía... un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir. Figúrate, ¡qué educación! ¡Pobre pueblo!; y luego hablamos de sus pasiones brutales, cuando nosotros tenemos la culpa... Estas cosas hay que verlas de cerca... Sí, hija mía, hay que poner la mano sobre el corazón del pueblo, que es sano... sí; pero á veces sus latidos no son latidos, sino patadas... ¡Aquella infeliz chica...! Como te digo, un animal; pero buen corazón, buen corazón... ¡pobre nena!

Al oír esta expresión de cariño, dicha por el

Delfin tan espontáneamente, Jacinta arrugó el ceño. Ella había heredado la aplicación de la palabreja, que ya le disgustaba por ser como desecho de una pasión anterior, un vestido ó alhaja ensuciados por el uso; y expresó su disgusto dándole al pícaro de Juanito una bofetada, que para ser de mujer y en broma resonó bastante.

—¿Ves?, ya estás enfadada. Y sin motivo. Te cuento las cosas como pasaron... Basta ya, basta de cuentos.

—No, no. No me enfado. Sigue, ó te pego otra.

—No me da la gana... Si lo que yo quiero es borrar un pasado que considero infamante; si no quiero tener ni memoria de él... Es un episodio que tiene sus lados ridículos y sus lados vergonzosos. Los pocos años disculpan ciertas demencias, cuando de ellas se saca el honor puro y el corazón sano. ¿Para qué me obligas á repetir lo que quiero olvidar, si sólo con recordarlo parece que no merezco este bien que hoy poseo, tú, niña mía?

—Estás perdonado—dijo la esposa, arreglándose el cabello que Santa Cruz le había descompuesto al acentuar de un modo material aquellas expresiones tan sabias como apasionadas.—No soy impertinente, no exijo imposibles. Bien conozco que los hombres la han de correr antes de casarse. Te prevengo que seré muy celosa si

me das motivo para serlo; pero celos retrospectivos no tendré nunca.

Esto sería todo lo razonable y discreto que se quiera suponer, pero la curiosidad no disminuía; antes bien, aumentaba. Revivió con fuerza en Zaragoza, después que los esposos oyeron misa en el Pilar y visitaron la Seo.

—Si me quisieras contar algo más de aquello...—indicó Jacinta, cuando vagaban por las solitarias y románticas calles que se extienden detrás de la catedral.

Santa Cruz puso mala cara.

—¡Pero qué tontín! Si lo quiero saber para reirme, nada más que para reirme. ¿Qué creías tú, que me iba á enfadar?... ¡Ay, qué bobito!... No, es que me hacen gracia tus calaveradas. Tienen un *chic*... Anoche pensé en ellas, y aun soñé un poquitito con la del huevo crudo y la tía y el mamarracho del tío. No, si no me enojaba; me reía, créelo; me divertía viéndote entre esa aristocracia, hecho un caballero, una persona decente, vamos, con el pelito sobre la oreja. Ahora te voy á anticipar la continuación de la historia. Pues señor... le hiciste el amor por lo fino, y ella lo admitió por lo basto. La sacaste de la casa de su tía y os fuisteis los dos á otro nido, en la Concepción Jerónima.

Juanito miró fijamente á su mujer, y después se echó á reir. Aquello no era adivinación de Jacinta. Algo había oído sin duda, por lo menos

el nombre de la calle. Pensando que convenía seguir el tono festivo, dijo así:

—Tú sabías el nombre de la calle; no vengas echándotelas de zahorí... Es que Estupiñá me espiaba y le llevaba cuentos á mamá.

—Sigue con tu conquista. Pues señor...

—Cuestión de pocos días. En el pueblo, hija mía, los procedimientos son breves. Ya ves cómo se matan. Pues lo mismo es el amor. Un día le dije: «si quieres probarme que me quieres, huye de tu casa conmigo». Yo pensé que me iba á decir que no.

—Pensaste mal... sobre todo si en su casa había... leña.

—La respuesta fué coger el mantón y decirme *vamos*. No podía salir por la Cava. Salimos por la zapatería que se llama *Al ramo de azucenas*. Lo que te digo; el pueblo es así, sumamente ejecutivo y enemigo de trámites.

Jacinta miraba al suelo más que á su marido.

—Y á renglón seguido, la consabida palabrita de casamiento—dijo mirándole de lleno y observándole indeciso en la respuesta.

Aunque Jacinta no conocía personalmente á ninguna víctima de las palabras de casamiento, tenía una clara idea de estos pactos diabólicos por lo que de ellos había visto en los dramas, en las piezas cortas y aun en las óperas, presentados como recurso teatral, unas veces para hacer llorar al público y otras para hacerle reír.

Volvió á mirar á su marido, y notando en él una como sonrisilla de hombre de mundo, le dió un pellizco acompañado de estos conceptos un tanto airados:

—Sí, la palabra de casamiento con reserva mental de no cumplirla; una burla, una estafa, una villanía. ¡Qué hombres!... Luego dicen... ¿Y esa tonta no te sacó los ojos cuando se vió chasqueada?... Si hubiera sido yo...

—Si hubieras sido tú, tampoco me habrías sacado los ojos.

—Que sí... pillo... granujita. Vaya, no quiero saber más, no me cuentes más.

—¿Para qué preguntas tú? Si te digo que no la quería, te enfadas conmigo y tomas partido por ella... ¿Y si te dijera que la quería, que al poco tiempo de sacarla de su casa se me ocurría la simpleza de cumplir la palabra de casamiento que le dí?

—¡Ah, tuno!—exclamó Jacinta con ira cómica, aunque no enteramente cómica.—Agradece que estamos en la calle, que si no, ahora mismo te daba un par de repelones, y de cada manotada me traía un mechón de pelo... Con que casarte... ¡y me lo dices á mí!... ¡á mí!

La carcajada lanzada por Santa Cruz retumbó en la cavidad de la plazoleta silenciosa y desierta con ecos tan extraños, que los dos esposos se admiraron de oírla. Formaban la rinconada aquella vetustos caserones de ladrillo modela-

do á estilo mudéjar; en las puertas, gigantones ó salvajes de piedra con la maza al hombro; en las cornisas, aleros de tallada madera, todo de un color de polvo uniforme y tristísimo. No se veían ni señales de alma viviente por ninguna parte. Tras las rejas enmohecidas no aparecía ningún resquicio de maderas entornadas por el cual se pudiera filtrar una mirada humana.

—Esto es tan solitario, hija mía—dijo el marido, quitándose el sombrero y riendo,—que puedes armarme el gran escándalo sin que se entere nadie.

Juanito corría. Jacinta fué tras él con la sombrilla levantada. «Que no me coges.»—«A que sí.»—«Que te mato...» Y corrieron ambos por el desigual pavimento lleno de hierba, él riendo á carcajadas, ella coloradita y con los ojos húmedos. Por fin, ¡pum! le dió un sombrillazo, y cuando Juanito se rascaba, ambos se detuvieron jadeantes sofocados por la risa.

—Por aquí—dijo Santa Cruz señalando un arco que era la única salida.

Y cuando pasaban por aquel túnel, al extremo del cual se veía otra plazoleta tan solitaria y misteriosa como la anterior, los amantes, sin decirse una palabra, se abrazaron y estuvieron estrechamente unidos, besuqueándose por espacio de un buen minuto y diciéndose al oído las palabras más tiernas.

—Ya ves, esto es sabrosísimo. Quién diría que en medio de la calle podía uno...

—Si alguien nos viera...—murmuró Jacinta ruborizada, porque en verdad, aquel rincón de Zaragoza podía ser todo lo solitario que se quisiese, pero no era una alcoba.

—Mejor... si nos ven, mejor... Que se aguanten el gorro.

Y vuelta á los abrazitos y á los vocablos de miel.

—Por aquí no pasa un alma...—dijo él.—Es más, creo que por aquí no ha pasado nunca nadie. Lo menos hay dos siglos que no ha corrido por estas paredes una mirada humana...

—Calla, me parece que siento pasos.

—Pasos... ¿á ver?...

—Sí, pasos.

En efecto, alguien venía. Oyóse, sin poder determinar por dónde, un arrastrar de pies sobre los guijarros del suelo. Por entre dos casas apareció de pronto una figura negra. Era un sacerdote viejo. Cogiéronse del brazo los consortes y avanzaron afectando la mayor compostura. El clérigo, al pasar junto á ellos, les miró mucho.

—Paréceme—indicó la esposa, agarrándose más al brazo de su marido y pegándose mucho á él—que nos lo ha conocido en la cara.

—¿Qué nos ha conocido?

—Que estábamos... tonteando.

—Psch... ¿y á mí, qué?

—Mira—dijo ella cuando llegaron á un sitio menos desierto,—no me cuentes más historias. No quiero saber más. Punto final.

Rompió á reír, á reír, y el Delfin tuvo que preguntarle muchas veces la causa de su hilaridad para obtener esta respuesta:

—¿Sabes de qué me río? De pensar en la cara que habría puesto tu mamá si le entras por la puerta una nuera de mantón, sortijillas y pañuelo á la cabeza, una nuera que dice *diquiá luego* y no sabe leer.

III

—Quedamos en que no hay más cuentos.

—No más... Bastante me he reído ya de tu tontería. Francamente, yo creí que eras más avisado... Además, todo lo que me puedas contar me lo figuro. Que te aburriste pronto. Es natural... El hombre bien criado y la mujer ordinaria no emparejan bien. Pasa la ilusión, y después ¿qué resulta? Que ella huele á cebolla y dice palabras feas... A él... como si lo viera... se le revuelve el estómago, y empiezan las cuestiones. El pueblo es sucio; la mujer de clase baja, por más que se lave el palmito, siempre es pueblo. No hay más que ver las casas por dentro. Pues lo mismo están los benditos cuerpos.

Aquella misma tarde, después de mirar la puerta del Carmen y los elocuentes muros de Santa Engracia, que vieron lo que nadie volverá á ver, paseaban por las arboledas de Torrero. Jacinta, pesando mucho sobre el brazo de su marido, porque en verdad estaba cansadita, le dijo:

—Una sola cosa quiero saber; una sola. Después, punto en boca. ¿Qué casa era esa de la Concepción Jerónima...?

—Pero, hija, ¿qué te importa?... Bueno, te lo diré. No tiene nada de particular. Pues señor... vivía en aquella casa un tío de la tal, hermano de la huevera, buen tipo, el mayor perdido y el animal más grande que en mi vida he visto; un hombre que lo ha sido todo, presidiario y revolucionario de barricadas, torero de invierno y tratante en ganado. ¡Ah! ¡José Izquierdo!... te reirías si le vieras y le oyeras hablar. Este tal le sorbió los sesos á una pobre mujer, viuda de un platero, y se casó con ella. Cada uno por su estilo, aquella pareja valía un imperio. Todo el santo día estaban riñendo; de pico, se entiende... ¡Y qué tienda, hija; qué desorden, qué escenas! Primero se emborrachaba él solo; después los dos á turno. Pregúntale á Villalonga; él es quien cuenta esto á maravilla y remeda los jaleos que allí se armaban. Parece mentira que yo me divertiera con tales escándalos. ¡Lo que es el hombre! Pero yo estaba ciego; tenía entonces la manía de lo popular.

—Y su tía, cuando la vió deshonrada, ¿se pondría hecha una furia, verdad?

—Al principio sí... te diré...—replicó el Delphin buscando las callejuelas de una explicación algo enojosa.—Pero más que por la deshonra se enfurecía por la fuga. Ella quería tener en su casa á la pobre muchacha, que era su machacante. Esta gente del pueblo es atroz. ¡Qué moral tan extraña la suya!; mejor dicho, no tiene ni pizca de moral. Segunda empezó por presentarse todos los días en la tienda de la Concepción Jerónima, y armar un escándalo á su hermano y á su cuñada. «Que si tú eres esto, si eres lo otro...» Parece mentira; Villalonga y yo, que oíamos estos *jollines* desde el entresuelo, no hacíamos más que reirnos. ¡A qué degradación llega uno cuando se deja caer así! Estaba yo tan tonto, que me parecía que siempre había de vivir entre semejante chusma. Pues no te quiero decir, hija de mi alma... un día que se metió allí el picador, el querindango de Segunda. Este caballero y mi amigo Izquierdo se tenían muy mala voluntad... ¡Lo que allí se dijeron!... Era cosa de alquilar balcones.

—No sé cómo te divertía tanto salvajismo.

—Ni yo lo sé tampoco. Creo que me volví otro de lo que era y de lo que volví á ser. Fué como un paréntesis en mi vida. Y nada, hija de mi alma: fué el maldito capricho por aquella hembra popular; no sé qué de entusiasmo artis-

tico; una demencia ocasional que no puedo explicar.

—¿Sabes lo que estoy deseando ahora?—dijo bruscamente Jacinta.—Que te calles, hombre, que te calles. Me repugna eso. Razón tienes; tú no eras entonces tú. Trato de figurarme cómo eras, y no lo puedo conseguir. Quererte yo y ser tú como á ti mismo te pintas, son dos cosas que no puedo juntar.

—Dices bien; quiéreme mucho, y lo pasado pasado. Pero aguárdate un poco: para dejar redondo el cuento, necesito añadir una cosa que te sorprenderá. A las dos semanas de aquellos dimes y diretes, de tanta bronca y de tanto escándalo entre los hermanos Izquierdo, y entre Izquierdo y el picador, y tía y sobrina, se reconciliaron todos, y se acabaron las riñas y no hubo más que finezas y apretones de manos.

—Sí que es particular. ¡Qué gente!

—El pueblo no conoce la dignidad. Sólo le mueven sus pasiones ó el interés. Como Villalonga y yo teníamos dinero largo para *juergas* y cañas, unos y otros tomaron el gusto á nuestros bolsillos, y pronto llegó un día en que allí no se hacía más que beber, palmotear, tocar la guitarra, *venga de ahí*, comer magras. Era una orgía continua. En la tienda no se vendía; en ninguna de las dos casas se trabajaba. El día que no había comida de campo había cena en la casa hasta la madrugada. La vecindad estaba

escandalizada. La policía rondaba. Villalonga y yo como dos insensatos...

—¡Ay, qué par de apuntes!... Pero hijo, está lloviendo... á mí me ha caído una gota en la punta de la nariz... ¿Ves? Aprisita, que nos mojamos.

El tiempo se les puso muy malo, y en todo el trayecto hasta Barcelona no cesó de llover. Arrimados marido y mujer á la ventanilla miraban la lluvia, aquella cortina de menudas líneas oblicuas que descendían del Cielo sin acabar de descender. Cuando el tren paraba, se sentía el gotear del agua que los techos de los coches arrojaban sobre los estribos. Hacía frío, y aunque no lo hiciera, los viajeros lo tendrían sólo de ver las estaciones encharcadas, los empleados calados y los campesinos que venían á tomar el tren con un saco por la cabeza. Las locomotoras chorreaban agua y fuego juntamente, y en los hules de las plataformas del tren de mercancías se formaban bolsas llenas de agua, pequeños lagos donde habrían podido beber los pájaros, si los pájaros tuvieran sed aquel día.

Jacinta estaba contenta, y su marido también, á pesar de la melancolía llorona del paisaje; pero como había otros viajeros en el vagón, los recién casados no podían entretener el tiempo con sus besuqueos y tonterías de amor. Al llegar los dos se reían de la formalidad con que habían hecho aquel viaje, pues la presencia

de personas extrañas no les dejó ponerse babosos. En Barcelona estuvo Jacinta muy distraída con la animación y el fecundo bullicio de aquella gran colmena de hombres. Pasaron ratos muy dichosos visitando las soberbias fábricas de Batlló y de Sert, y admirando sin cesar, de taller en taller, las maravillosas armas que ha discurrido el hombre para someter á la Naturaleza. Durante tres días, la historia aquella del huevo crudo, la mujer seducida y la familia de insensatos que se amansaban con orgías, quedó completamente olvidada ó perdida en un laberinto de máquinas ruidosas y ahumadas, ó en el triqui-traque de los telares. Los de Jacquard, con sus incomprensibles juegos de cartones agujereados, tenían ocupada y suspensa la imaginación de Jacinta, que veía aquel prodigio y no lo quería creer. ¡Cosa estupenda! «Está una viendo las cosas todos los días, y no piensa en cómo se hacen, ni se le ocurre averiguarlo. Somos tan torpes, que al ver una oveja no pensamos que en ella están nuestros gabanes. ¿Y quién ha de decir que las chambras y enaguas han salido de un árbol? ¡Toma, el algodón! ¿Pues y los tintes? El carmín ha sido un bichito, y el negro una naranja agria, y los verdes y azules carbón de piedra. Pero lo más raro de todo es que cuando vemos un burro, lo que menos pensamos es que de él salen los tambores. ¿Pues y eso de que las cerillas se saquen de los huesos, y que el sonido

del violín lo produzca la cola del caballo pasando por las tripas de la cabra?»

Y no paraba aquí la observadora. En aquella excursión por el campo instructivo de la industria, su generoso corazón se desbordaba en sentimientos filantrópicos, y su claro juicio sabía mirar cara á cara los problemas sociales. «No puedes figurarte—decía á su marido, al salir de un taller—cuánta lástima me dan esas infelices muchachas que están aquí ganando un triste jornal, con el cual no sacan ni para vestirse. No tienen educación; son como máquinas, y se vuelven tan tontas...; más que tontería debe de ser aburrimiento...; se vuelven tan tontas, digo, que en cuanto se les presenta un pillo cualquiera se dejan seducir... Y no es maldad; es que llega un momento en que dicen: «Vale más ser mujer mala que máquina buena.»

—Filosófica está mi mujercita.

—Vaya... dí que no me he lucido... En fin, no se habla más de eso. Dí si me quieres, sí ó no... pero pronto, pronto.

Al otro día, en las alturas de Tibidabo, viendo á sus pies la inmensa ciudad tendida en el llano, despidiendo por mil chimeneas el negro resuello que declara su fogosa actividad, Jacinta se dejó caer del lado de su marido y le dijo:

—Me vas á satisfacer una curiosidad... la última.

Y en el momento que tal habló arrepintiéndose de ello, porque lo que deseaba saber, si picaba mucho en curiosidad, también le picaba algo el pudor. ¡Si encontrara una manera delicada de hacer la pregunta!... Revolvió en su mente todo lo que sabía, y no hallaba ninguna fórmula que sentase bien en su boca. Y la cosa era bastante natural. O lo había pensado ó lo había soñado la noche anterior: de eso no estaba segura; mas era una consecuencia que á cualquiera se le ocurre sacar. El orden de sus juicios era el siguiente: «¿Cuánto tiempo duró el enredo de mi marido con esa mujer? no lo sé. Pero durase más ó durase menos, bien podría suceder que... hubiera nacido algún chiquillo.» Esta era la palabra difícil de pronunciar: *chiquillo!* Jacinta no se atrevía, y aunque intentó sustituirla con *familia, sucesión*, tampoco salía.

—No, no era nada.

—Tú has dicho que me ibas a preguntar no sé qué.

—Era una tontería, no hagas caso.

—No hay nada que más me cargue que esto... decirle á uno que le van á preguntar una cosa y después no preguntársela. Se queda uno confuso y haciendo mil cálculos. Eso, eso, guárdalo bien... No le caerán moscas. Mira, hija de mi alma, cuando no se ha de tirar no se apunta.

—Ya tiraré... tiempo hay, hijito.

—Dímelo ahora... ¿Qué será, qué no será?

—Nada... no era nada.

El la miraba y se ponía serio. Parecía que le adivinaba el pensamiento, y ella tenía tal expresión en sus ojos y en su sonrisilla picaresca, que casi casi se podía leer en su cara la palabra que andaba por dentro. Se miraban, se reían, y nada más. Para sí dijo la esposa: «A su tiempo maduran las uvas. Vendrán días de mayor confianza, y hablaremos... y sabré si hay ó no algún *hueverito* por ahí.»

IV

Jacinta no tenía ninguna especie de erudición. Había leído muy pocos libros. Era completamente ignorante en cuestiones de geografía artística, y, sin embargo, apreciaba la poesía de aquella región costera mediterránea que se desarrolló ante sus ojos al ir de Barcelona á Valencia. Los pueblecitos marinos desfilaban á la izquierda de la vía, colocados entre el mar azul y una vegetación espléndida. A trozos, el paisaje azuleaba con la plateada hoja de los olivos; más allá las viñas lo alegraban con la verde gala del pámpano. La vela triangular de las embarcaciones, las casitas bajas y blancas, la ausencia de tejados puntiagudos y el predominio de la línea horizontal en las construcciones, traían al pensamiento de Santa Cruz ideas de

arte y naturaleza helénica. Siguiendo las rutinas á que se dan los que han leído algunos libros, habló también de Constantino, de Grecia, de las barras de Aragón y de los pececillos que las tenían pintadas en el lomo. Era de cajón sacar á relucir las colonias fenicias, cosa de que Jacinta no entendía palotada, ni le hacía falta. Después vinieron Prócida y las Visperas Sicilianas, D. Jaime de Aragón, Roger de Flor y el Imperio de Oriente, el duque de Osuna y Nápoles, Venecia y el marqués de Bedmar, Massanielo, los Borgias, Lepanto, D. Juan de Austria, las galeras y los piratas, Cervantes y los padres de la Merced.

Entretenida Jacinta con los comentarios que el otro iba poniendo á la rápida visión de la costa mediterránea, condensaba su ciencia en estas ó parecidas expresiones: «¿Y la gente que vive aquí, será feliz ó será tan desgraciada como los aldeanos de tierra adentro, que nunca han tenido que ver con el Gran Turco ni con la capitana de D. Juan de Austria? Porque los de aquí no apreciarán que viven en un paraíso, y el pobre, tan pobre es en Grecia como en Getafe.»

Agradabilísimo día pasaron viendo el risueño país que á sus ojos se desenvolvía, el caudaloso Ebro, las marismas de su delta, y, por fin, la maravilla de la región valenciana, la cual se anunció con grupos de algarrobos, que de todas

partes parecían acudir bailando al encuentro del tren. A Jacinta le daban mareos cuando los miraba con fijeza. Ya se acercaban hasta tocar con su copudo follaje la ventanilla; ya se alejaban hacia lo alto de una colina; ya se escondían tras un ótero, para reaparecer haciendo pasos y figuras de minueto ó jugando al escondite con los palos del telégrafo.

El tiempo, que no les había sido muy favorable en Zaragoza y Barcelona, mejoró aquel día. Espléndido sol doraba los campos. Toda la luz del cielo parecía que se colaba dentro del corazón de los esposos. Jacinta se reía de la danza de los algarrobos, y de ver los pájaros posados en fila en los alambres telegráficos. «Míralos, míralos allí. ¡Valientes picaros! Se burlan del tren y de nosotros.»

—Fíjate ahora en los alambres. Son iguales al pentágrama de un papel de música. Mira cómo sube, mira cómo baja. Las cinco rayas parece que están grabadas con tinta negra sobre el cielo azul, y que el cielo es lo que se mueve como un telón de teatro no acabado de colgar.

—Lo que yo digo—expresó Jacinta riendo.— Mucha poesía, mucha cosa bonita y nueva, pero poco que comer. Te lo confieso, marido de mi alma; tengo un hambre de mil demonios. La madrugada y este fresco del campo me han abierto el apetito de par en par.

—Yo no quería hablar de esto para no desanimarte. Pronto llegaremos á una estación de fonda. Si no, compraremos aunque sea unas rosquillas ó pan seco... El viajar tiene estas peripecias. Animo, chica, y dame un beso, que las hambres con amor son menos.

—Allá van tres; y en la primera estación, mira bien, hijo, á ver si descubrimos algo. ¿Sabes lo que yo me comería ahora?

—¿Un bistec?

—No.

—¿Pues qué?

—Uno y medio.

—Ya te contentarás con naranja y media.

Pasaban estaciones y la fonda no parecía. Por fin, en no sé cuál apareció una mujer, que tenía delante una mesilla con licores, rosquillas, pasteles adornados con hormigas y unos... ¿qué era aquello? «¡Pájaros fritos!—gritó Jacinta á punto que Juan bajaba del vagón.—Tráete una docena... No... oye: dos docenas.»

Y otra vez el tren en marcha. Ambos se colocaron rodillas con rodillas, poniendo en medio el papel grasiento que contenía aquel *montón de cadáveres* fritos, y empezaron á comer con la prisa que su mucha hambre les daba.

—¡Ay, qué ricos están! Mira qué pechuga... Este para ti, que está muy gordito.

—No; para ti, para ti.

La mano de ella era tenedor para la boca de